

amargura de su soledad. Bien podía decir con el Profeta: *mis lágrimas fueron mi sustento de noche y de día, cuando yo me preguntaba á mi misma: en dónde esta ahora tu Dios?* (1). Con razon, Señora, os lamentabais por Jeremías, de que era perpetuo vuestro dolor, pues era perene vuestra memoria, y era incurable vuestra herida, porque el mismo Hijo que la podía sanar, era el que mas la agravaba: *Factus est dolor meus perpetuus, et plaga mea desperabilis renuit curari* (2).

Un consuelo, si le fuese permitido, desearia mucho María, y era conservar en sus amorosos brazos el sacrosanto cadáver. ¡Oh cuántas veces suspiraria por dar reverentes ósculos en aquellas traspasadas manos, y poder unir tiernamente su rostro lloroso al santo costado abierto! ¡cuántas quisiera estrechar con su amante pecho á su difunto Hijo! Es verdad que estaba difunto; mas era hijo: no gozaba de la presencia de su alma bendita; pero tenia en sus brazos el sacrosanto cuerpo, que era á lo ménos la caja de aquel preciosísimo tesoro. Mucho lo desearia y con grandes ansias; pero ya todo se le negaba, para que fuese su soledad mas cruel, pues no solo la malicia de los judíos le martirizó el corazon, sino que hasta la piedad de los discípulos concurría para su tormento. Quién lo dijera! no solo las injurias de la muerte avivan su dolor, sino que tambien conducen para la soledad que siente, las honras de la sepultura.

Entonces su misma soledad le pintaria en la imaginacion aquel doloroso tiempo en que le tuvo en sus brazos. Vos, mi Dios y Señor, visteis con cuántas lágrimas se estaba representando á sí misma aquel tiempo en que, colocado su difunto Hijo en su regazo, le sustentaba con el brazo izquierdo la sacrosanta cabeza pálida, pendiente y exangüe; cuando estaba viendo y buscando en aquel semblante, deshecho y lleno de sangre, el hermosísimo rostro de su Hijo, y no lo hallaba; cuando con su propia mano le cerraba los ojos, aquellos ojos vidriados y amortecidos; cuando con grande pena iba con tímida y compasiva mano sacando poco á poco la corona de espinas; por último, cuando veía de cerca el sagrado pecho cruelmente rasgado, y correr la sangre aún tibia sobre sus vestidos. ¡Oh qué consideracion tan dolorosa seria esta! Sin duda que al re-

(1) *Psalm. 41. v. 4.* (2) *Jerem. c. 15. v. 18.*

novarse este paso en su memoria, un nuevo dolor atravesaria su alma: estos son los tristes efectos del consuelo que esperábamos. Ved cómo el mismo remedio de la herida agravaba mas su sentimiento: *Plaga mea desperabilis renuit curari.*

En esta angustia, llevada de su amor y soledad, ya que no era permitido tener en los brazos el sagrado cuerpo, se volveria á adorar las sacrosantas reliquias que del difunto Hijo le quedaban. ¡Con qué devocion y reverencia tomaria los instrumentos de la tiranía judaica, y buscaria en ellos consuelo para su amarga soledad! Quién pudiera imaginarlo! cuando esto era para la Virgen consuelo y alivio, cuál seria su dolor! Si esta vista se buscaba como desahogo, ¡cuánta seria la afliccion de la soledad que sentia! Besaria bañada en lágrimas los duros clavos y la corona de espinas, que su Hijo habia tenido en la cabeza; mas al besarlos... ó Dios, y cuánto no padeció su alma! Veía sus mismas manos teñidas en la inocente sangre que habia dejado en ellas el cadáver ensangrentado de Jesus, y adoraba con suma religion el sagrado precio de nuestro rescate, precio tambien de los privilegios de María. Veía esta divina sangre derramada por las calles, y que la pisaban los judíos; y quisiera, si posible fuese, recogerla dentro de su corazon. Si esta sangre se hubiera vertido, como la del huerto, con sola la fuerza de la afliccion, todavia seria una vista sumamente penosa para la Virgen madre; pero el haber sido derramada con tan atroces culpas y tanta injuria de Dios, era una circunstancia, que mas que todas las otras heria cruelmente su alma. Ved aquí cómo el corazon de la madre de Dios está herido con el mismo alivio que procuraba para el sentimiento de su soledad: *Plaga mea desperabilis renuit curari.*

Mas ya podéis consolaros, ó madre de Dios, ya podéis consolaros, pues nuestro Dios saca grande gloria de la misma muerte afrentosa de su Hijo y vuestro. Los hombres con esa muerte quedaron rescatados, y su salvacion eterna podrá servir de alivio á vuestro dolor. Ya son hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, y lavados con tan divina sangre, son sus vivas imágenes. Aquí tenéis pues, Señora, estos hermanos de vuestro Hijo, y retratos suyos, con que mitigar el justísimo sentimiento de la soledad que os hace Jesus. Mas ¡ó noche sumamente dolorosa, en que las mismas mercedes del cielo concur-

ren á crucificar del todo el corazón inocente de María! La misma divina luz que le manifestaba la salvación de muchos hombres, le mostraba al mismo tiempo la ruína de otros muchos. Cuanto dijeron los profetas del futuro estado de la Iglesia, se le presentaba aquella noche á su alma, y entonces mas que nunca vió la fuerza de las palabras de Simeon, que habia oído en el templo. Acababa de ver cumplida una parte de la profecía; esto es, que su Hijo *seria el objeto de contradicción*; y en la muerte desgraciada de Júdas empezaba á verificarse el cumplimiento de la otra parte que decia, *que habia de ser ruína para muchos en Israel* (1): esta circunstancia por sí sola le era mas sensible que todas las demas circunstancias de su penosa soledad. Se miraba sin su Hijo, y conocia que aún perdiéndole, como le habia perdido, tenia el consuelo de que todos se salvaran. Veía que Dios habia muerto por los hombres; y al mismo tiempo para la mayor parte de ellos era como si no hubiera muerto: veía que toda la sangre de su Hijo se habia derramado para quitar los pecados del mundo; y veía tambien que derramada la divina sangre, habia de durar en muchos el reino del pecado. Ved cómo se va descubriendo cada vez mas profundo el golpe del corazón de la Virgen; y que al curar esta herida, se manifiesta mas su crueldad, quedando, como esta Señora decia, sin curar su llaga y perpetuo su dolor: *Factus est dolor meus perpetuus, et plaga mea desperabilis renuit curari.*

Ved, oyentes míos, si puede haber soledad mas cruel que la de María en esta triste noche, pues ademas de ser sumamente excesiva por el objeto que habia perdido, y aún mas sensible por la ternura de su corazón, por los beneficios que la obligaban, y por el amor cuasi infinito con que amaba á su Hijo; acompañaban á esta pérdida todas las circunstancias que la podian hacer mas penosa y mas aflictiva.

Pero la Madre de Dios no cesa de manifestarnos la soledad que siente su alma en esta triste noche: *Anima mea desideravit te in nocte*: de nosotros se quejaba por Jeremías, de que oyendo sus gemidos, no hay quien la consuele: *Audierunt quia ingemisco ego, et non est qui consoletur me* (2). Luego pode-

(1) *Luc. c. 2. v. 34.* (2) *Thren. c. 1. v. 21.*

mos darle consuelo. Sí, hermanos míos. Escrito está que las lágrimas del pecador alegran todo el cielo: ¿cómo no han de alegrar á su Reina! Concurríd, Señora y afligida Madre, para el consuelo que nos pedís, que entonces vuestro Hijo no será ocasion de ruína para tantos, y será la resurrección de muchos mas.

Oyentes míos, no lavéis vuestras manos, como inocentes, en la sangre de este sacrilegio; no echéis á los judíos toda la culpa de la muerte de Jesucristo y del martirio de su madre: nosotros somos los verdugos: mucho me cuesta el decirlo, pero es verdad: nosotros somos los verdugos que crucificamos al Hijo y martirizamos á la Madre. Perdonad si os penetro el corazón, pues tambien á mí mismo me estoy hiriendo: soy pecador como vosotros; bien que no habla aquí el pecador, no habla el hombre, sino el ministro del Evangelio, como órgano del Espíritu santo; la misma Religion es la que habla.

Hermanos míos, no podemos negar las injurias que cada dia hacemos á la sangre de Jesucristo y á la memoria de su pasión; no podemos negar que las sagradas máximas del Evangelio, firmadas con la divina sangre, han llegado entre los hombres á tal desprecio, que se reputan; cuando mucho, como una política de segundo orden; y solo merecen atención, cuando están de acuerdo con las máximas del mundo, ó no las contradicen. La ley santa del Señor debe ser un muro insuperable que nos separe del infeliz reino del pecado; mas hoy se ve derribado por tierra, y apenas se conservan vestigios que distingan el distrito de Dios del de sus enemigos; de aquel infeliz distrito á donde nos pasamos cada dia, porque cada dia pecamos. La cruz de Jesucristo se nos atraviesa delante para impedirnos, y el mismo Jesucristo crucificado en ella nos quiere detener. Los sagrados misterios de nuestra Religion se oponen, cuando queremos pecar y traspasar los límites que la ley de Dios nos señaló: es preciso pasar sobre la cruz de Cristo y la divina sangre, para dar un paso al camino de la maldad. Con todo eso pecamos, caminamos y corremos libremente por el camino de la perdición: ¿podrá ver la Madre de Dios estos desórdenes con ánimo tranquilo y corazón desahogado? Estas enormidades simplemente referidas causan horror en vuestros ánimos; ¿cómo no lo han de causar en el de María santísima, cuando las está viendo? ¡Oh, cuánto la hemos martirizado, principalmente en

aquella noche, en que viendo á los judíos pisar la sangre de su Hijo, esperaba consolarse viéndole adorado de los cristianos! ¿Y todavía os queréis justificar en presencia de la Virgen? Locura extraña! Para correr ciegamente en el camino de la iniquidad, cerrábamos los ojos, y nos parecia que así cubríamos los de la Virgen; y con los continuos remordimientos traíamos ya el corazon como el de Nabal, insensible, muerto y como de piedra: *Emortuum est cor ejus intrinsecus, et factus est quasi lapis* (1); y así pensábamos que tambien haríamos insensible y duro el tierno corazon de la santísima Virgen.

Esto no puede ser de otro modo, oyentes míos: ó habéis de negar á esta Señora el conocimiento que tenían los profetas, ó si lo tiene, le habéis de dar un corazon insensible y bárbaro como el de los impíos, y una alma perversa como la de aquellos que no abominan la iniquidad; ó es preciso confesar que vosotros le atravesasteis su amoroso corazon la noche de su amarga soledad, pues ya entónces le dió Dios á conocer vuestros desórdenes.

¿Ó mi Dios, quién me concediera poder llenar de santo horror los corazones de aquellos, que entre mis oyentes han sido disimulados verdugos del corazon de vuestra madre! Pero qué mas puedo hacer? Bastante he predicado á los oídos, y solo vos les podéis predicar al corazon. Mucho, Señor, os he deseado esta noche: *Anima mea desideravit te in nocte*, porque solo vos podéis sacar de la piedra del corazon humano lágrimas de compuncion, que consuelen á vuestra afligida madre. Venid, Señor, á socorrerme; vuestra madre se halla en gran pena: lo mismo os pido que nos mandáis: *Gemitus matris tuae ne obliviscaris* (2): no dejéis de atender á sus gemidos, hablád al corazon de mis oyentes, para que la consuelen con lágrimas de dolor y arrepentimiento, miéntras yo les predico á sus oídos.

Yo, hermanos míos, espero de vuestra devocion, que habéis de consolar á la madre de Dios. No os pido lágrimas de sensible ternura, sino de un serio arrepentimiento de vuestras almas. Ya veis el lastimoso estado á que está reducido el corazon de aquella amorosa Madre: si vuestra crueldad no está satisfecha de sangre inocente, aquí tenéis el cuerpo de su Hijo y el corazon de la Madre: proseguid aún en las ofensas con que de

(1) I. Reg. c. 25. v. 37. (2) Eccli. c. 7. v. 29.

un golpe quedaron los dos heridos. Sabéd que la ofensa contra Jesucristo es una aguda saeta que traspasa el corazon de la Virgen. Mas con quién estoy hablando? No, oyentes míos, no os considero tan duros: basta ya de crueldad; tiempo es de remediar el daño, y curar las heridas que habéis hecho en el corazon de María santísima.

Perdon, ó madre de Dios, perdon: por vuestro mismo dolor concedédnos el perdon, pues confesamos la culpa y protestamos la enmienda. Perdonádnos, Señora, que ignorábamos lo que hacíamos; fué ceguera y falta de reflexion: desde ahora no mas ofenderos; no mas pisar la sangre de vuestro Hijo y nuestro Dios. Enjugád ya vuestras lágrimas, en cuanto os las causan nuestras culpas, pues si las vuestras os consuelan, ya las vertemos del corazon: en adelante Jesus vivirá en nosotros, y nosotros en Jesus. No es ya posible impedir su pasion y muerte; pero resueltos estamos á aprovecharnos de su muerte. Consoláos, pues con su gracia no se perderá la sangre que derramó por nosotros; siempre adoraremos y estimaremos el soberano precio de nuestro rescate: intercedéd con vuestro Hijo para que nos perdone: él es principalmente el ofendido. En tanto, Señora, que le pedimos misericordia, acompañad con vuestras lágrimas nuestros clamores. Amen.